

61

El estudio ETNOPSICOANALITICO de la personalidad en diversas áreas culturales y el análisis puntual de instancias socialmente significativas en el setting psicoanalítico clásico en Europa han abierto el camino a una aproximación renovada y no reductiva a la psicología del Yo. Bajo el impacto de las influencias sociales se constituyen mecanismos de adaptación que funcionan de manera automática e inconscientes y otorgan una estabilidad relativa a la estructura del Yo. La descripción de algunos de estos mecanismos esta basada principalmente en consideraciones genéticas y dinámicas. Parin discute las vicisitudes de éstos, así como sus funciones, su deterioro y presta particular atención al área de los trastornos narcisistas. Este artículo publicado en alemán en Psyche en el año 1977, es el pasaje teórico-clínico continuación de la elaboración realizada en el trabajo “Crítica della società nel proceso di interpretazione”, aparecido en Psicoterapia e Scienze Umane, 1-2, 1976.

Posteriormente Parin ha desarrollado su pensamiento en el artículo “La contradicción en el sujeto”, que da título a la antología de sus escritos publicados por Syndycal Verlag en octubre de 1978. La casa Editora Feltrinelli está preparando la edición italiana del libro de Parin, Morgenthaler y Parin-Matthey “Temi il tuo prossimo te stesso” (Teme a tu prójimo como a ti mismo), editado en la República Federal Alemana por Suhrkamp, así como la edición de los trabajos de Paul Parin, en una recopilación más completa que la correspondiente edición alemana, a cargo de y con introducción de Mariana Bolko.

Paul Parin

El Yo y los mecanismos de adaptación*

El título de este artículo “El Yo y los mecanismos de adaptación” recuerda dos trabajos cuyo significado, decisivo para el desarrollo del psicoanálisis, es indiscutible: *El Yo y los mecanismos de defensa* de Anna Freud (1936) y *La psicología del Yo y los problemas de la adaptación* de Heinz Hartmann (1939). Debo añadir inmediatamente que la pretensión de un parangón con los dos artículos mencionados no esta justificada ni por la amplitud del artículo, ni por la relevancia de nuestras consideraciones.

* Artículo publicado por primera vez en español “Clinica y análisis grupal”. Revista de psicoterapia y psicología social aplicada. Año 6. N° 26. Febrero 1981. Barcelona, España.

62

La relación con el libro de Anna Freud es analógica: llamamos mecanismos de adaptación a los mecanismos constituidos más o menos tenazmente en el Yo del adulto, que entran en acción inconsciente, automáticamente y siempre del mismo modo, tal como está descrito para los mecanismos de defensa. Aunque, si bien éstos se han constituido en el Yo como defensas contra movimientos pulsionales, deseos o afectos inaceptables o causantes de trastornos, aquellos que designamos como mecanismos de adaptación tienen como meta afrontar las influencias provenientes del ambiente social. Incluso en nuestra argumentación se encuentran analogías con el modo de proceder de Anna Freud, principalmente en lo que concierne a su orientación idiosincrásica, como el sustrato más importante del Yo dinámicamente eficaz; de igual modo incluso, los mecanismos de adaptación parecen poder reunirse en una organización que condiciona las características idiosincrásicas del comportamiento social, algo como las variantes cultur-específicas del Yo.

Con todo, las observaciones clínicas y la elaboración teórica están aún lejos de esta meta.

Planteamiento del Problema

Hemos hecho referencia al trabajo de Heinz Hartmann porque el nuestro es en cierto modo una continuación de aquél. Desde 1939, esto es, desde su discusión sobre la capacidad de adaptación del Yo, se han desarrollado en psicoanálisis dos usos distintos del concepto “adaptación”. En primer lugar adaptación o “adaptativo” significa un punto de vista desde el que se puede considerar cualquier fenómeno psíquico, así como explicarlo genéticamente (respecto al origen), estructuralmente (respecto a la pertenencia a una de las estructuras del aparato psíquico), etc. El punto de vista “adaptativo” vale, naturalmente, incluso para los mecanismos que se constituyen en el Yo.

En segundo lugar se define como “adaptación” un proceso muy específico y su resultado. Este uso se deriva directamente de la competencia del yo para mediar entre el mundo externo y el mundo interno, facultad de la que depende su origen que determina sus funciones más importantes. La psicología del Yo se ha servido de un artificio teórico para determinar la adaptación al ambiente, inicialmente definido como el mundo de las personas con las cuales tiene relación, y para medir el grado de adaptación alcanzado. El ambiente ha quedado reducido a lo que es “atendible de manera media”, es decir ha quedado fijado como una magnitud invariable. Así se pudo desarrollar la investigación

acerca del Yo y quedaron descritos su origen y la formación de su estructura hasta llegar al aparato de adaptación por el que la investigación psicoanalítica precedente había mostrado poco interés. La hipótesis planteable en este punto es que se eliminase el parámetro introducido, prosiguiendo la investigación en la dirección de los fenómenos provocados en la estructura y por la función del Yo desde las diversas relaciones sociales que tiene sobre nosotros una acción potente y a menudo brutal.

Hartmann era consciente de este problema pero no lo ha indagado ulteriormente. La adaptación aparecía como finalidad, dado que el fondo el hombre

63

es un ser biológico y en el reino animal una característica de las acciones de toda especie es la adaptación con fines de supervivencia. Las desviaciones interesan únicamente como perturbaciones, como caminos errados del desarrollo normal o incluso como defecto funcional. Y se dejó de lado la investigación sobre los cambios del sustrato “ambiente social”. Nosotros hemos intentado eliminar el artificio, hacer patentes las relaciones sociales en una media lograda estadísticamente y ver que es aquello a lo que predispone el Yo, cómo está organizado para encontrarse con tales fuerzas. En este sentido, proseguimos allí donde Hartmann se ha detenido.

El hecho de que acá y allá nos encontremos con nuevos territorios, el hecho de que, por ejemplo, los mecanismos de adaptación del Yo no hayan sido detectados y mucho menos estudiados más de cerca, aunque sean superficialmente observables en lo cotidiano, obedece a motivos diversos. Muchos analistas siguen, hoy todavía, la impostación biologicista, que contempla el ambiente como “naturalmente dado” y al individuo como meta variable; concepción insostenible al considerar la sociedad como ambiente. Otra causa de este descuido se puede hallar en el hecho de que el psicoanálisis ha tenido experiencias poco felices cuando se ha referido a las influencias de la realidad exterior en vez de tomar como punto de referencia la realidad interna o psíquica. El ejemplo más conocido ha sido la hipótesis de Freud de que la seducción por parte de los adultos tuviese como consecuencia una fijación traumática a vivencias sexuales infantiles, aún cuando no debió de reconocer cómo fuera la fantasía del propio niño para transformar acontecimientos externos inocuos en dramas interiores que arruinan la vida. La realidad psíquica, contrapuesta siempre a la práctica, que Freud llamó después objetiva, era y sigue siendo el campo principal de la investigación psicoanalítica. Deseo subrayar que yo mismo sigo esta tesis. Nadie podría sostener el hecho de que,

por ejemplo, lo psíquico confiera a la estructura “Yo”, concepto abstracto, un contenido real. Si, por el contrario, queremos indagar que fuerzas del Ello movilizan la defensa y exigen la formación de mecanismos de defensa, no podemos prescindir de los deseos pulsionales.

Resulta conocido el hecho de que la defensa es distinta si los impulsos libidinales requieren una satisfacción a partir de la fase oral o de la anal del desarrollo de la libido. De modo análogo debemos focalizar los cambios del mundo externo si queremos establecer que estructuras del Yo sirven a la adaptación, sea esta pasiva únicamente, autoplástica, aloplástica o de forma mixta.

La objeción de que el psicoanálisis es capaz ya hace tiempo de dar este paso es del todo legítima. Otras son, aunque principalmente investigaciones sobre la adaptación de las personas al ambiente social, las indagaciones de René Spitz sobre las modalidades precoces de relación del recién nacido con respecto a la madre, las descripciones de la primera infancia hechas por Anna Freud, Margaret Mahler y otros, ¡y no solo la revisión de la formación del Yo a la luz de las relaciones objetales preedípicas!

La atención a las modalidades de la comunicación, al lenguaje, a las interacciones en la familia o en el grupo ¿no

64

constituye quizá el mejor camino para recorrer la adaptación del Yo en los individuos singulares?

Otra corriente de investigación se encuentra sobre todo en el Instituto Sigmund Freud de Frankfurt (Alexander Mitscherlich y otros) donde se está llevando a cabo una teoría y aplicación poliédrica de los conocimientos psicoanalíticos a la luz de los procesos históricos y de una investigación social crítica.

Hoy en día conocemos incompatiblemente más sobre la psicología de las relaciones sociales respecto al 1939, época en la que Hartmann comenzó a tomar como punto de partida para indagar de manera más precisa la estructura “Yo” el problema de la adaptación. Se podría esperar a ver los resultados de las investigaciones interaccionistas o de la psicología social psicoanalítica hayan sido

esclarecidas hasta tal punto que sean definibles las capacidades del Yo con respecto a un ambiente variable que la influye.

Nuestro Método

El interés en comprender psicoanalíticamente el comportamiento social nos ha impulsado por el contrario, a una aproximación distinta: inicialmente, hemos dejado de lado, en cuanto al desarrollo psíquico, el punto de vista genético; hemos tenido efectivamente en cuenta la adaptación del niño a los objetos de su ambiente familiar, remitiéndonos, sin embargo, directamente al comportamiento social de la persona adulta. Freud ha recorrido el mismo camino en *Psicología de masas y análisis del Yo*. Partiendo del comportamiento de las masas y del individuo en la masa¹ ha llegado a interpretaciones y reconstrucciones sobre las que aún hoy se construye cuando sabemos acerca de la psicología de los hombres en la sociedad. Sin duda hemos sido conducidos a las concepciones que ahora proponemos desde dos métodos de trabajo en apariencia diferentes por completo.

En primer lugar se trataba de la indagación psicoanalítica acerca de los pertenecientes a poblaciones regidas por la tradición, que viven fuera de la “cultura occidental” con un sistema económico precapitalista, que hizo necesaria una comprensión más precisa de las conexiones entre las estructuras del Yo (con las que obligatoriamente nos topamos en el curso de la investigación) y las organizaciones de la sociedad. Al tiempo, resultó indispensable cuestionar psicoanalíticamente la adaptación social. Y ha sido posible describir funciones particulares del Yo que no aparecen o han recibido escasa atención en el psicoanálisis europeo-americano. La descripción del “Yo del grupo”, de la “conciencia de clan” y de los “modos específicos de identificación del Yo” se derivan de estas investigaciones.

El segundo método, muy influido por el primero, ha sido el del psicoanálisis clásico europeo. Sin cambiar el “setting” o la técnica habitual de la interpretación, han sido insertadas en el proceso interpretativo las influencias del ambiente social sobre los analizados. Esto pareció necesario en cuanto que muchos analizados no estaban en condiciones de

¹ Freud se refería, en sus reflexiones, sobre todo a las masas organizadas (iglesia y ejército), que hoy nosotros llamamos instituciones.

65

percibir los influjos ambientales; eran, en sentido descriptivo, inconscientes, en tanto que el Yo estaba adaptado en su estructura. Procediendo de este modo, resultó más evidente un mecanismo al que denominamos provisionalmente “identificación con el rol”. En su artículo de 1975 titulado “Crítica de la sociedad en el proceso interpretativo” queda descrito y particularmente fundamentado nuestro procedimiento. Hoy en día intentamos sacar fruto de esta tarea interpretativa psicoanalítica para la psicología del Yo y describir como partes del Yo las manifestaciones clínicas de los automatismos adaptativos.

Si en la tarea interpretativa consideramos las alteraciones de la capacidad de adaptación del analizado a las influencias sociales desconocidas para él (y por ello inconscientes en sentido descriptivo) –de modo análogo a como se interpreta una resistencia- se verifica, a menudo, un cambio de la relación con el analista: por ejemplo, una disminución de las resistencias de la transferencia o incluso un cambio del rol transferido². Las interpretaciones conllevan cambios intraestructurales, esto es variaciones en la estructura del Yo o bien de la relación entre Yo y Superyó o entre Yo y Ello. Al tiempo se pueden distinguir dos aspectos diversos. Por una parte se evidencian mecanismos que garantizan una adaptación automática a determinadas demandas y fuerzas de la sociedad y dan al Yo una relativa estabilidad, precisamente allí donde no se toma posición ante el hecho de que tal función estabilizadora implique propiedades del Yo sanas, normales o bien limitadas, patológicas. Y por otra, se suscitan en el Yo cambios muy diversos que pueden variar desde un refuerzo y mejora de todas las funciones hasta una regresión profunda y a una irrupción de las demandas pulsionales controladas hasta ese momento.

Esto puede ser representado del siguiente modo: los mecanismos de adaptación aligeran el Yo de una contraposición continua con el mundo exterior al igual que los mecanismos de defensa actúan con las demandas pulsionales inaceptables. La contrapartida del aligeramiento es la rigidez y la limitación: aquello que el Yo ha ganado en fuerza, lo pierde en flexibilidad y elasticidad³. Si cae la constricción a la adaptación automática, el Yo –tras haber superado una fase de agitación- tiene nuevas posibilidades de organizarse. Puede mejor tomar posiciones, o al menos de otra manera, con respecto

² Sandler distingue claramente la posición afectiva transferida al analista del rol que el niño atribuye a una parte del progenitor, y que puede igualmente ser transferida.

³“...cada adaptación es una muerte parcial, una renuncia a una parte de la individualidad...”(Ferenczi, 1931)

a la situación anterior, ante el mundo exterior, pero sobre todo ante el Superyó y el Ello. En la práctica sucede que la interpretación de una adaptación inconsciente viene seguida en general de la emergencia de nuevo material del inconsciente removido, y de un cambio de la relación con los objetos de amor y de agresión, incluido el analista, y sobre todo de la apertura a nuevas posibilidades de elaboración de las partes del Superyó vinculadas con las relaciones sociales. En otros términos: el análisis se profundiza si, mediante tales interpretaciones, se sustrae transitoriamente al Yo la función de soporte de su adaptación automática.

66

Delimitaciones respecto a otras capacidades adaptativas

Es posible observar bien en los niños algunos mecanismos de adaptación simples, incluso, podemos decir, primitivos: por ejemplo, la ritualización y la imitación. Estos ponen al Yo en condiciones de realizar con poca energía operaciones de adaptación que, de otro modo, requerirían un enorme dispendio. Si se dan en la infancia excesivas ritualizaciones o se sustituye por un comportamiento imitativo los procesos de identificación y aprendizaje más maduros, puede deducirse que el Yo está expuesto a conflictos derivados de la esfera pulsional, y en general angustias importantes y rechazos por parte de las personas con quien se está en relación. El Yo trata de compensar su debilidad mediante un reforzamiento de estos mecanismos en el sentido de una regresión de emergencia. Ambos dos mecanismos permanecen incluso a disposición del adulto. Es conocido cómo los síntomas obligados se extienden al Yo mediante los rituales, o, mejor dicho, constriñen al Yo a someterse a las escogencias de coacciones incomprensibles. La tendencia excesiva a la imitación en el adulto es un síntoma muy evidente que indica relaciones objetuales particularmente perturbadas o, más aún, un evitar regresivo de una modalidad de relación objetual más libre de conflictos. Naturalmente, estos y otros mecanismos primitivos semejantes sirven a continuación para la adaptación a las solicitudes del ambiente externo. Y no podremos desarrollar trabajo alguno sin la ayuda de las rutinas, de ciertas ritualizaciones adaptadas: sin la función imitativa sería imposible aprender cualquier nueva habilidad.

Un ama de casa, en tratamiento psicoanalítico, cocina tres veces al día, lava, hace la compra, prepara y sirve la comida. Todo está completamente ritualizado, funciona a la perfección. Con todo, ella se siente agotada, no encuentra ningún gusto en tal trabajo y la familia protesta por las comidas

preparadas “sin amor”. La alusión al hecho de que está dándose una acción ritualizada, que deja de lado y excluye la iniciativa personal, provoca desórdenes en la ordenada actividad doméstica, pero hace posible a la paciente ver su propia posición respecto a los miembros de la propia familia: por ejemplo: vivir el hecho de que no querría cocinar para nadie al sentir que se le tributa poco afecto y agradecimiento. Aquí actúa de manera excepcional un mecanismo de adaptación primitiva en el sentido en que vamos a describir a continuación respecto a los más complejos: como estabilización del Yo, cuya caída remueve la organización defensiva.

No cabe duda de que la adaptación a las demandas de la sociedad comprende, entre otras cosas, lo que se entiende con el término “sublimación” o flujo sublimado de las pulsiones. Los impulsos (pulsionales) sublimados no han cambiado sólo su objeto derivando hacia un subrogado desplazado. Incluso su meta, la misma satisfacción, se transforma. Partiendo del hecho de que no consideramos que las actividades sublimadas resulten “libres de conflictos”, sino que los conflictos así evitados han resultado sólo relativamente suavizados y por ello muy desplazables al tiempo que plásticos, no podemos equiparar los mecanismos de adaptación a la sublimación (Parin, 1969). Si se interpretan tales adaptaciones, la diferencia resulta clara inmediatamente. La clarificación de las

67

“verdaderas” sublimaciones, que son egosintónicas, esto es que permiten la descarga de la agresión y de la libido, no tiene consecuencias. Si, por el contrario, se interpreta una adaptación social operada automática e inconscientemente, se consigue con frecuencia una reorientación del Yo, una reactivación del material reprimido y, cosa que no es rara, procesos ulteriores de reestructuración. Aun sin pretender distinguir, cosa que nos parece incluso útil tanto en el plano teórico como terapéutico, entre sublimación y mecanismo de adaptación, se podría decir: en la adaptación tienen un peso mayor las funciones sintéticas e integrativas del Yo, en las demás adaptaciones prevalecen las construcciones sociales que conllevan la amenaza de aislamiento, pérdida de amor, vergüenza si el Yo no se adapta. El hecho de que la adaptación suceda inconscientemente se puede explicar con la deficiencia perceptiva del “Yo observante”, que tiene necesidad de asimilarse hasta el punto de no distinguir ya sus intereses propios de los del ambiente social.

A veces se intenta ver en formaciones reactivas que han perdido el carácter de síntoma mecanismos de adaptación. El ejemplo más conocido es el cuidado del propio cuerpo, que deriva de una reacción

al placer de la suciedad anal y que, convertida en “secundariamente autónoma”, no sólo es un elemento indispensable de la investidura libidinal del cuerpo para sustento y protección del sentimiento del Sí mismo, sino que incluso sirve como adaptación social. Dar de lado las costumbres de limpieza ya adquiridas puede ser adoptado como medio de protesta social. Estas formaciones reactivas tiene, además, ciertamente la función de adaptación social. Son un resultado duradero de la educación, consecuencia de la socialización del niño. Sin embargo en el análisis, resulta claro que se trata de verdaderos mecanismos de defensa. Lo que significa que: sin una elaboración profunda de las resistencias no pueden cambiar o ser abandonados. No respondería a su finalidad cambiar su valor de adaptación y su significado por la conformación cultural-específica del Yo a la dinámica de su función originaria, consistente en la defensa contra la pulsión.

Aunque la línea de demarcación no sea siempre clara, creemos que desde el punto de vista de la adaptación van agrupados exclusivamente mecanismos a los que no compete o ya no compete la defensa pulsional y que ayudan a responder a las demandas y presiones del ambiente, otorgando así o manteniendo una relativa estabilidad para el Yo⁴. El hecho de que este Yo presente una organización defensiva que somete los movimientos pulsionales o permite su aparición sólo como formaciones sintomáticas, debe ser puesto en relación, como hasta ahora hemos hecho, con la realidad psíquica del fantasías, deseos y angustias y no con el ambiente y sus influencias.

Los mecanismos de adaptación: características generales

Los mecanismos de adaptación tienen con todo, en común el hecho de pre-

68

sentarse como estabilizadores del Yo, aun cuando no cambien las condiciones sociales en que una persona vive. Funcionan automática e inconscientemente y garantizan una aproximación relativamente libre de conflictos a organizaciones bien determinadas. Por esto son económicamente ventajosos: descargan otros aparatos del Yo y facilitan el alcanzar las satisfacciones pulsionales

⁴ Según Hartmann, se podría formular la hipótesis de que los mecanismos de adaptación han sido investidos de libido “neutralizada” y han entrado a formar parte de las funciones “autónomas secundarias” del Yo. La génesis de estos mecanismos y su estructuración en el Yo contradice esta hipótesis. Discutir más en profundidad el concepto de neutralización de la libido, puesto ya en discusión por nosotros (1969), sería salirse de los límites de este trabajo.

ofrecidas por el ambiente en el ámbito de las respectivas situaciones. Las satisfacciones narcisistas refuerzan las vinculadas al objeto. Por otra parte, todos los mecanismos de adaptación limitan la flexibilidad del Yo e impiden que se verifique una adaptación ulterior de los deseos pulsionales a otras condiciones sociales o a las variaciones de éstas. En su origen sirven para la constitución del principio de realidad: posteriormente, sin embargo, pueden perjudicarlo. No atribuimos nosotros a los mecanismos de adaptación ninguna relación constante con los afectos. Su funcionamiento hace ciertamente posible el “bienestar” (Sandler); con todo, no se puede decir que tiendan siempre a él o que con él procedan. Cuando fracasa la adaptación automática se produce a menudo ansiedad; y aquellos no sirven para evitar o defender de los sentimientos de ansiedad.

Se puede decir, brevemente: los mecanismos de defensa requieren energía (un contrainvestimento) para liberar al Yo de las demandas pulsionales, mientras que los mecanismos de adaptación descargan al Yo de este menester.

En tanto que es posible considerar los mecanismos de defensa como el sedimento o la herencia establecida en el Yo de los conflictos infantiles, los mecanismos de adaptación son una expresión más directa de la intervención del ambiente social en la estructura del Yo. En realidad se constituyen ya en la infancia. Y permanecen, sin embargo, toda la vida sujetos a las fuerzas sociales. “El Único” de Max Stirner, la idea de una libre elección del propio comportamiento, fundamentales desde la tradición liberal hasta el existencialismo sartriano, y que ha tenido un precipitado residuo en conceptos psicoanalíticos como autonomía del Yo o dominación del Yo, quedan ulteriormente cuestionados por la existencia de los mecanismos de adaptación.

En la parte que sigue tratamos de describir tres mecanismos de adaptación que hemos deducido de coloquios psicoanalíticos con africanos y que, sin embargo, contadistinguen incluso el Yo de nuestros analizados en Europa. Esto no quiere decir que existan sólo estos tres mecanismos. Si nuestras opiniones encuentran confirmación, es verosímil que se reencuentren más mecanismos de adaptación o que al menos el tercero (la identificación con el rol) deberá ser subdividido en distintas variantes.

Para cada uno de los tres mecanismos damos inicialmente un breve resumen sobre:

- 1) condiciones en que se han constituido en el Yo;
- 2) dinámica y modalidad de acción;

3) ventajas del mecanismo para el comportamiento social.

69

El Yo de Grupo⁵

Recapitulación: El origen del Yo de grupo lo referimos a las relaciones identificadoras relativamente libres de tensiones que se establecen en la infancia y en la adolescencia, en particular con iguales en edad y sexo en grupos horizontales. Si estas relaciones no se ven perturbadas por frustración o agresión y se conservan ciertas propiedades “orales” del Yo, la persona adulta está siempre pronta para contraer de nuevo tales relaciones satisfactorias. Si en una situación social existen comunidades o grupos en los que son posibles, por una particular estructura y psicología de los miembros, identificaciones fraternas recíprocas, el Yo del grupo garantiza una buena adaptación social (por ejemplo en el poblado Dogon). Este mecanismo de adaptación posibilita la estructura comunitaria de la sociedad de manera más precisa que los otros. No tiene lugar en la familia nuclear. En la vida pública de la sociedad industrial urbanizada está abocado al fracaso. En esta, un Yo así organizado será gravemente lesionado y caerá en regresiones patológicas. Con todo, el Yo del grupo puede servir a la adaptación incluso en nuestra sociedad, en el ámbito de las comunidades fraternas marginales. Y aunque ofrece a los que forman parte de ellas un potencial inusual de actividad, expresa más bien una condición utópica deseada que un impulso para el cambio de la sociedad.

Ejemplos: Hemos descrito, inicialmente, el Yo de grupo de los africanos. Era fácil delimitarlo, ya porque el ambiente humano es más importante para ellos que para nosotros para hacer posible un funcionamiento relativamente autónomo del Yo, o ya porque su dependencia del ambiente social se nos mostraba más clara que en el caso de los analizados europeos, cuyas dependencias son similares a las nuestras.

Es necesario, de todos modos, atribuir un Yo de grupo incluso a los europeos: “Consideremos un europeo instruido, que regresa a casa satisfecho por una discusión científica con sus colegas y para cuyo bienestar tales discusiones son importantes. Atribuyámosle que su bienestar provenga de la

⁵ La expresión “Yo de grupo” fue acuñada por Federn en una investigación especulativa sobre las civilizaciones primitivas. El pensaba que en aquéllas los límites del Yo fueran durante un tiempo confusos o directamente inexistentes. Nosotros damos a la expresión un sentido totalmente distinto.

satisfacción de deseos agresivos y libidinales que pueden acceder a su Yo sólo en estas condiciones. La premisa válida para el funcionamiento de todo el Yo es que el Yo haya desarrollado la capacidad de satisfacerse de forma desviada con respecto a su meta y desplazada al proceso secundario mediante la discusión, a condición, y esta sería la manifestación del Yo de grupo, de que haya un grupo cuya estructura permita discusiones científicas y cuyos miembros tengan un Yo con capacidad muy semejante” (Parin y otros, 1971).

Dinámica y función: Entendemos como Yo de grupo una modalidad de funcionamiento particulares del Yo y una serie de funciones particulares del Yo, expresión del Yo de grupo, que se basan en la cooperación de un grupo de personas para ser y permanecer siendo suficientes. El grupo debe presentar una estructura particular y sus miembros deben reaccionar de un modo particular;

70

su disponibilidad emotiva y/o su capacidad de asumir roles bien definidos es la premisa para que el Yo de grupo entre en función. Estas funciones del Yo se basan en una disposición de Yo, adquirida, a entrar en relaciones identificadoras bien definidas. El Yo de grupo no es, sin embargo, otra estructura psíquica del Yo descrito de otro modo y tampoco una estructura adjuntiva, como si hubiese un Yo verdadero y propio bien delimitado y por otra parte un Yo de grupo.

Freud ha descrito (1921) modalidades de identificación de este tipo. Los componentes de una masa toman la figura del jefe como Yo-ideal y hacen de ese modo posible el tener identificaciones recíprocas relativamente libres de tensiones. Freud describe estas identificaciones como una forma transitoria de relación, presumiendo que el investimento de libido homosexual de los componentes de la masa desempeña un papel y recordando que las relaciones de amor heterosexual tienen la tendencia a perturbar o hacer saltar la unión de la masa.

Sin embargo no toda persona se hace totalmente miembro de una masa. La propensión a hacer del jefe o de los ideales comunes un ideal del Yo se constituye individualmente con fuerza diversa. El Yo de personas distintas se presta de manera muy diferente para establecer y mantener relaciones identificatorias. En las investigaciones realizadas en Africa ha quedado de manifiesto que formas semejantes de relación identificatoria pueden darse sin implicar una formación masiva, sin que aparezca un jefe y una idea guía. Esto es posible en las siguientes condiciones:

- 1) El yo ha adquirido en su desarrollo precoz la disposición a establecer identificaciones con personas con quien se está en relación que han suscitado sentimientos muy particulares y han ofrecido satisfacciones. Designamos esta modalidad de relación con un término que no hay que tomar al pie de la letra: fraterna o sororal.
- 2) El Yo ha conservado la capacidad de regresar a modalidades de relación y satisfacción de tipo oral, al menos en el caso en que las personas con quien se está en relación no hacen surgir agresiones (por ejemplo envidia, rivalidad, etc). Esta capacidad de regresión oral, según Fenichel, es la premisa para cualquier nueva identificación, que lleva siempre a un acto de incorporación. El Yo de grupo no tiende de manera incondicionada a permitir tales regresiones; puede incluso mostrarse rígido. Si el comportamiento, sin embargo, de los miembros del grupo, formalmente y emotivamente es fraterno-sororal, el Yo del grupo está preparado para regresar y constituir estas identificaciones. El grupo como conjunto tiene entonces un efecto “materno”, en el sentido de que los miembros encuentran en su interior participación oral e intercambio recíproco; esta “gratificación” oral puede referirse a cualquier tipo de satisfacción libidinal. Oral aquí significa nivel de desarrollo del Yo y no nivel de desarrollo libidinal.
- 3) Cuando está constituida la identificación, el Yo en su complejidad queda reforzado. Funciona mejor en el conjunto. Esto es quizá reconducible al hecho de que, como en las formaciones de masas, las agresio

71

nes están dirigidas sólo hacia el exterior, y no hacia los miembros del grupo, a los que se ofrecen muchas más satisfacciones relativamente libres de frustraciones en la forma desviada respecto a la meta. En esta modalidad de adaptación se mantiene el mismo vínculo mediante investimientos homosexuales desviados de su meta. Por nuestra parte, reconducimos el origen del Yo de grupo a identificaciones en la infancia y adolescencia que no se derivan de la llamada “identificación con el agresor”. Ya es sabido que Freud ha encontrado que el Yo contiene las huellas de todas las relaciones de objeto precoces, que se construyen sobre la base de las identificaciones. Y, con todo, parece que el origen sea distinto: por una parte la identificación se obtiene por constricción, fruto de amenaza y frustración: lo que la vincula con la constitución en el Yo de los atributos del objeto de relación. Por otra, su origen es más tranquilo y no obligado por frustración o agresión. En este caso no se internalizan atributos del objeto. El Yo organiza, de todos modos, un aparato presto siempre a

repetir este tipo de relación satisfactoria cuando el mundo exterior lo ofrece. Esta huella estructural de identificación satisfactoria es parangonable a una toma de corriente que aporta continuamente nueva energía al Yo, a condición de que exista una persona o un grupo que distribuya exactamente la corriente deseada. Hay que subrayar que este mecanismo no produce ningún investimento propio de energía pulsional, cosa que hay que admitir para los mecanismos de defensa (como contrainvestimento). La toma de corriente transporta energía pero no la contiene. Son sobretodo las relaciones con grupos coetáneos del mismo sexo (grupos de iguales, comunidades fraternas, gangs diversos, grupos de adolescentes y bandas) las que consienten tales identificaciones. Al grupo jerárquico, dicho en términos sociológicos, vertical, se opone otro horizontal. En éste pueden existir identificaciones libres de tensión si el grupo posee una modalidad de comportamiento, suficientemente dadora de seguridad de modo maternal, gratificante y de apoyo, como para permitir una “regresión oral” temporal y no está perturbado por agresiones por rivalidad o de otro tipo. Si en la infancia y en la adolescencia se ha dado un equilibrio entre grupos verticales (según el modelo vertical obligado de la familia patriarcal) y horizontales, o sobre todo un intercambio armónico entre los dos, se forma un Yo de grupo capaz de funcionar bien y que facilita la adaptación social sucesiva a los grupos correspondientes.

En nuestra sociedad muchos grupos están organizados de manera aparentemente solo horizontal, pero presentan con respecto a su acción psicológica una estructura jerárquica. La jerarquía del jefe entre los jóvenes scout y la ideología en nuestras escuelas dirigida al rendimiento con la competencia y rivalidad que se deriva de ello, predominan sobre la articulación horizontal de los grupos según la edad. En esta institución se verifican normalmente identificaciones con el agresor y no el Yo de grupo. Por otra parte, algunos grupos de organiz-

72

ción vertical, como la tribu de los Agni articulada según la jerarquía de edad matrilineal, inducen a una regresión oral que ayuda a incorporar de forma clara objetos muy amenazadores (una madre fálica que violenta), no mediante la modalidad de la identificación con el agresor sino construyendo una disponibilidad a la identificación.

En el mismo psicoanálisis terapéutico el Yo de grupo hace eficaz la alianza de trabajo. El “buen trabajo analítico en común” pasa a constituir el Yo-ideal de las partes en cuestión. Queda investido

como el Jefe en la formación de masas. Esto facilita la identificación recíproca (Incluso en el Yo de grupo se verifica una formación ideal común como premisa para la identificación, según el modelo de Freud de la formación de las masas). Una leve transferencia homosexual, útil tanto para la alianza de trabajo como para el progreso del análisis, puede ser reconducida al Yo de grupo. Además se puede observar que son posibles las satisfacciones pregenitales desviadas respecto a su meta para ambos participantes, por ejemplo mostrar y ver, y que el Yo, pese a la regresión, queda reforzado. La aparición de transferencia sexualizadas o agresivizadas no inhibidas (sexualización o agresivización) daña de inmediato la alianza de trabajo, de modo semejante a como ocurre con la insuficiencia del analista con respecto a su papel comportamental fraterno o sororal. El Yo de grupo pierde su función "automática" de adaptación. La organización defensiva del Yo entra plenamente en juego, y puede ser suficiente o contradistinta de formaciones sintomáticas. En el análisis de formación (didáctico) el Yo de grupo puede tomar como contenido la pertenencia al grupo de los analistas. Si este mecanismo de adaptación es suficiente, el Yo queda relativamente liberado del conflicto y el proceso analítico se detiene. En estas personas el análisis puede volver a ponerse en movimiento en cuanto puedan experimentar alguna inseguridad, que significaría para su Yo de grupo el *no* poder llegar a ser analista.

Frecuentemente el mecanismo de adaptación refuerza las posiciones del Yo del analizado y puede ser cambiado por una resistencia. Frecuentar un grupo de compañeros de tertulia, participar en el ritual de admisión en un estrato social como modos de vivir muy burguesamente educado, pertenecer a un grupo político, a menudo se interpretan como "actuar" sin ningún efecto. Si se logra mostrar al analizado que el tan adorado beber en compañía le evita la vergüenza amenazadora de un fracaso social o sexual que debería afrontar sin el propio grupo, se puede tanto poner en evidencia el mecanismo como posibilitar el análisis de los síntomas correspondientes. El Yo adaptado estaba estabilizado; cuando resulta menos adaptado los conflictos se hacen más fuertes y por lo mismo más constatables.

Efectos particulares: Hemos llevado el típico sentido comunitario que domina en el poblado Dogon a su carácter de Yo de grupo "Impreso". Este se forma en un grupo con efectos "maternos" en los que el niño entra al cuarto año de vida tras una lactancia prolongada y una relación dual simbólica con la madre. El Yo de grupo se reforzará y renovará en la adolescencia y más tarde en la vida de los

adultos en grupos correspondientemente organizados, constituidos por “pares” socializados del mismo modo, del mismo sexo y de la misma edad.

73

Otorgar a los niños y a todo el que crece la posibilidad de formar un Yo de grupo está muy cerca de la realización de una conducta social mejor, a la que aspiran algunos modelos pedagógicos utópicos ⁶.

La conciencia de Clan

La formación del Superyó es ciertamente el producto más grandioso de adaptación a las exigencias del ambiente social. Este proceso extraordinariamente complejo lleva a un resultado que no puede ser descrito como “mecanismo”; con razón se habla de instancia propia y verdadera, de estructura delimitada con respecto al Yo.

Recapitulación: El Yo puede, con todo, formar y conservar la capacidad de poner en lugar de un Superyó internalizado, de vez en cuando y de forma transitoria, autoridades o instituciones externas. Estas quedan investidas con las mismas energías pulsionales y actúan retroactivamente sobre el Yo, prohibiendo y compensando. El Yo tiende a estabilizar este cambio como mecanismo si las instancias educativas -padres y familia- quedaran expuestas a los influjos externos de la macrosociedad de manera particularmente intensa durante el periodo de la dependencia infantil. Tal tipo de desarrollo del Yo resulta favorecido por circunstancias externas de vida (castas privilegiadas, ghetización, pauperización) e incluso por ideologías particularmente constrictivas o muy investidas (respectivamente: pequeña burguesía y sectas religiosas). En tal caso convergen, para el Yo, instancias internas (introyectadas) y externas. En una sociedad sin clases, en la que las demandas ideológicas remiten de manera bastante precisa a los intereses de cada individuo singular en la propia sociedad, la conciencia de clan no tiene únicamente un efecto estabilizador, sino que estimula aquellos intereses que tienen mayor posibilidad de éxito social. Cuando los valores y normas ideológicas contradicen las necesidades de los individuos, como sucede generalmente en nuestros analizados, que viven todos en una sociedad clasista, la conciencia de clan limita a menudo al

⁶ La hipótesis formulada por Murphy para explicar la extensión mundial de la protesta juvenil sería mucho más compatible con la aceptación de la existencia de mecanismos próximos al Yo de grupo.

individuo cuyo Yo pierde incluso la independencia de que podría gozar, tras su superación de la culpa y de la vergüenza en la confrontación con el Superyó internalizado.

Ejemplos: como ejemplo muy simple de conciencia de clan tomamos el coloquio con un piadoso Dogon, de religión pagana: este dice que si fuese a un poblado musulmán, rezaría según el rito islámico. Con ello quiere significar conscientemente que “de ese modo los más ancianos de allí no se apenarían por el hecho de que alguno no compartiera su credo” y “no hace bien a nadie si los viejos del poblado quedan escandalizados, porque entonces no pueden ocuparse adecuadamente del bien de todos”. Representaciones o prescripciones religiosas, que forman parte del Superyó son delegadas en instancias externas. Desde el punto de vista del Yo se consigue un aligeramiento de las mismas, en el momento en que el Superyó puede satisfacerse mediante un comportamiento adaptado exteriormente.

74

Incluso en nuestros analizados se puede a veces observar que la delegación del Superyó en instancias externas comporta un aligeramiento para el Yo, sin que pueda observarse una elaboración consciente de la culpa y un relajamiento de la organización defensiva. Los ejemplos más conocidos son la confesión para los católicos y el caso del soldado en guerra, que mata sin remordimientos.

Dinámica y función: Ya Freud en el año 1921 distinguió de manera precisa la identificación con un objeto, que puede dar entrada a sentimientos agradables por la personificación del Yo-ideal en una autoridad externa (como la iglesia). Sandler (1964) ha mostrado el proceso de manera más precisa y lo ha descrito como acontecimiento cotidiano: “El Superyó estará sostenido por el Yo sólo en la medida en que, a la inversa, el Superyó funcione como refuerzo del Yo. Hay, por tanto, situaciones en las que el Yo puede despreocuparse del todo de las normas y reglas del Superyó, esto es cuando puede encontrar de otro modo un apoyo narcisista suficiente” (pág. 741). “En la vida cotidiana se encuentran muchos ejemplos en los que la moral y los ideales de grupo ocupan el lugar de las posiciones morales individuales, como en la conversión religiosa, en la formación de bandas y en el culto adolescente de los héroes” (pág. 742).

Por ello únicamente hablaremos de conciencia de clan cuando la externalización intervenga obligatoriamente, y por tanto automáticamente, para apoyar al Yo; en estas personas no es necesaria ninguna “modalidad vicaria...de soporte narcisista”. La externalización la comporta por sí misma.

La formación de la conciencia de clan: en nuestra cultura se puede verificar si los padres que educan se retiran como personas frente a los ambientes que representan y ofrecen por el contrario al niño valores o ideologías no propias de ellos, que tal vez no determinan en absoluto su comportamiento o que ellos mismos rehúsan o temen. Si esto ocurre en fases críticas, la conciencia de clan se adquirirá de manera duradera. Entre nosotros, tal fase crítica parece ser sobre todo la sumisión pasiva a la persona más importante que rechaza en el conflicto edípico, sobre todo si del desarrollo preedípico se desprenden fuertes sentimientos de abandono, sentimientos de no ser amado o un investimento narcisístico deficitario del Sí mismo.

Las proyecciones y procesos de escisión, en los que se desplazan al exterior partes de un Superyó, no pertenecen a este ámbito. Son defensas de urgencia en las que el Yo no resulta aligerado. Las tentativas de defensa mediante mecanismos primitivos tienen escaso valor adaptativo, al igual que las formaciones delirantes.

Por otra parte, puede colegirse fácilmente en los análisis terapéuticos que ocurre a muchos confiar el Superyó a una persona o a un grupo que ejerce prestigio y poder, permitiendo aligerar y estabilizar aparentemente su Yo. El vendedor de coches usados que comparte la moral comercial de sus colegas se conforma a su conciencia de clan del mismo modo que el fanático que combate, sin miramientos por nadie, por una causa “buena”; de igual modo que el analizado que hace un Superyó del analista que “entiende todo” y por otra parte permite deseos pulsionales prohibidos.

75

Aquellos que presentan estos mecanismos no son de hecho clasificables psiquiátricamente como psicópatas. Son precisamente los buenos y buenas burguesas bien adaptados, con funciones del Yo relativamente suficientes que se adaptan al poder externo para dar sobre todo fuerza a su Yo.

El carácter repetitivo de estas posiciones permitiría hablar de una manifestación de transferencia, sobre todo cuando la función de Superyó se atribuye al analista. Sorprendentemente, no es posible una interpretación de las defensas contra los supuestos impulsos pulsionales y de la transferencia. El paciente no comprende de hecho la interpretación, su moral y su persona resultan discutibles para el analista, cosa que se puede manifestar como desilusión, huida agresiva, sumisión o de algún otro

modo. Si se procede de manera que el analizado reconozca en primer lugar si y qué cosa pone como juez en el lugar de la conciencia individual y descubra luego de manera delicada la moral de su conciencia de clan, se deduce de modo regular que el Yo se ha aligerado asimilando el Superyó a las demandas externas.

El Yo de la joven Agni Elisa ha encontrado mediante la conciencia de clan (que había tomado como “ideal” según la línea materna al juez Ibi, jefe del poblado, y a la maga de Yosso), un aligeramiento suficiente en el momento en que estaba muy escindida por la vuelta a vivir el conflicto edípico. No hay duda de que, con el tiempo, la “moral” tomada en préstamo converge con la propia. Si en nuestros analizados predomina la consonancia entre la propia moral y la externa, el mecanismo no puede ser determinado analíticamente. Si los valores representados por la ideología contradicen los intereses del Yo del analizado, se puede verificar una revisión del mecanismo.

Efectos particulares: El significado de la conciencia de clan no resulta tanto de la identificación proyectiva, mediante la cual lo introyectado se desplaza al exterior y con cuyas demandas el Yo se identifica. Este mecanismo recibe su significado social mucho más del movimiento opuesto: si cambian las demandas y los valores de la sociedad, proceso que puede ser dirigido mediante el poder y los medios de propaganda el Yo debe conformarse a las nuevas ideologías o servirse de ellas para poder conservar la capacidad de funcionar. Este mecanismo de adaptación funciona al precio de un aumento de la manipulabilidad del sujeto.

La identificación con el rol

Nota preliminar: llamamos “Identificación con el rol”, a los mecanismos de adaptación complejos que se constituyen en el Yo de manera transitoria o duradera. El límite entre estos mecanismos y otras funciones no es nítido, su dinámica tal vez no es unitaria e incluso no podemos dar indicaciones seguras para su psicogénesis. Por el momento los consideramos como un complemento hasta ahora imprescindible de la psicología del Yo. Nosotros mismos en la práctica profesional no podemos minusvalorar este concepto, que permite una conexión amplia de la psicología individual con la psicología social, los conocimientos del comportamiento en los pequeños grupos y en la macrosociedad.

Por “rol” entendemos lo que se entiende por tal término en sociología: el

76

comportamiento deseado y requerido según el sexo, la edad, en la familia, en el trabajo, como perteneciente a diversas instituciones. Las modalidades de comportamiento específicas de los grupos, castas o clases entran aquí a formar parte en su aspecto de rol⁷. Roles valorado positivamente, como el de padre de familia, empresario, obrero, o negativamente como el de criminal, enfermo mental, el puesto bajo tutela (el prohibido), se entienden del mismo modo. Todos estos papeles sociales están conectados con instituciones de la sociedad. La superestructura ideológica de las instituciones contiene los deseos y las demandas dirigidas por la sociedad restringida o ampliamente al verdadero o presunto portador del rol. En este sentido es indiferente que la sociedad o el portador del rol sean conscientes, o lo sean menos, de su contenido ideológico.

Por el contrario, no entendemos por rol social todo aquello que se puede definir como rol en una sociología funcionalista; un comportamiento social de cualquier tipo, no definido ideológicamente, que en una determinada sociedad sea sólo deseado, indiferente o prohibido, no ofrece la posibilidad de “identificación con el rol”. El comportamiento social de una persona, ya siga, psicológicamente hablando, el principio de placer o una coacción a repetir, resulta ser comportamiento de rol únicamente cuando está definido preliminarmente en el contexto ideológico. Con esto no se dice nada aún sobre el hecho de que la persona se comporte conforme al rol sin identificarse con él o identificándose. La “Identificación con el rol” es un proceso a describir psicológicamente, un paso (entre otros) mediante el cual un papel “objetivo” se convierte en “subjetivo”.

Por poner un ejemplo: un homosexual tiene un determinado comportamiento social. Elige a hombres como partners sexuales. Con esto no se ha dicho todavía que se comporte conforme a la ideología de la institución “homosexualidad” en la sociedad industrial. Si lo hace, frecuenta los correspondientes lugares de encuentro, se viste y se comporta en conformidad con las expectativas ideológicas de la sociedad, tiene una conducta conforme al rol social. Con esto no se ha dicho nada aún sobre el hecho de que esté más o menos identificado con el propio rol como homosexual. Si hace incluso esto –un procesos puramente psicológico- se ha producido una mutación en su Yo, mutación que se puede describir en el plano psicológico y esclarecer en el plano psicoanalítico.

⁷ La identificación con el rol no tiene mucho en común con el juego de roles en el psicodrama de Moreno.

Recapitulación: Durante la infancia el Yo, en el propio desarrollo, adquiere la capacidad de asumir diversos roles, atribuidos por la familia y después por la escuela y por un ambiente social más amplio, y la de comportarse según estos roles. Aun en el caso de que los conflictos entre el Ello y las demandas pedagógicas no se resuelvan con ello, es cierto que la identificación disminuye o reduce algunos. Le Coultre (1970) ha puesto de relieve que el yo de los adultos está a menudo “escindido”, se puede ser al tiempo un adulto capaz y un jovencito independiente, o bien una señora de 65 años que comienza a envejecer y a la vez

77

una adolescente que tiene aún la vida “por delante”. El mantenimiento y la escisión de un papel infantil sirve, según Le Coultre, para proteger el Yo adulto de los conflictos infantiles irresueltos, y por tanto, en último análisis, para defenderse.

Otros autores (Ritcher, 1976) sostienen que la aceptación de los roles prescritos ahorra o evita la angustia, sobre todo la de no ser amado o de ser abandonado sin protección, que deriva de la angustia de separación del niño. Hemos visto que una identificación con el rol, transitoria o duradera, confiere al Yo una mayor estabilidad. Para reducir los conflictos con el ambiente externo sería suficiente una mera asunción de los comportamientos de rol; esto no explica, aún, por qué el rol se mantiene incluso de forma continua en ausencia de amenazas provenientes de conflictos externos. El Yo si no se limita a asumir los roles asignados, sino que se identifica con ellos, obtiene al menos dos ventajas: la adaptación externa se cumple automáticamente, sin exigir ningún dispendio de investimentos. Si resulta necesaria necesaria una escisión del Yo, la tal no será prácticamente percibida y la función en su conjunto se verá poco dañada. La segunda ventaja de la identificación es siempre un apagamiento libidinal o agresivo, real o fantástico, a menudo vinculado a aquellos objetos que atribuyen el rol; además hay una constante satisfacción narcisita añadida, la de ser aquello que el propio rol prescribe. De esta manera, como la identificación con el rol es uno de los principales instrumentos para la uniformación de los adultos con las demandas sociales y las presiones sociales, correspondientemente, el análisis de esta identificación (sea mutable y temporal o bien duradera) es un instrumento irrenunciable para la emancipación. El hombre no es dueño en su propia casa. El análisis no debe únicamente volverlo consciente de qué fuerzas de lo que es removido actúan sobre

él, sino incluso de qué poderes del propio ambiente se ejercitan automáticamente sobre él, en cuanto su Yo se identifica con ellos, prácticamente de forma inconsciente, mediante distintos modelos de rol.

Ejemplos: La identificación con el rol está particularmente clara entre los africanos, en cuyo ambiente social, estructurado de manera relativamente simple, las atribuciones son más claras y menos numerosos que entre nosotros. En las conversaciones con F. Morgenthaler (Parin y col.1972) Brou Koffi se imponía como hombre sabio, enérgico y seguro de sí cuando hablaba en su rol de jefe del poblado. Si la presión del material inconsciente o las interpretaciones de su comportamiento lo constreñían a abandonar el rol de jefe del pueblo, se volvía ansioso, perplejo y sumiso; el sentimiento de sí mismo disminuía. Al enfrentarse con una nueva tarea de jefe del pueblo aceptaba el rol ofrecido y su equilibrio psíquico se restablecía inmediatamente.

Un caso tratado en mi actividad en Zurich muestra el efecto de identificación con el rol.

Un médico capaz, inteligente y aparentemente en condiciones de expresarse muy bien, me había presentado en cuatro coloquios preliminares su propia biografía de manera convincente y un contenido afectivo claramente captable, y me había explicado sus motivos para hacer un análisis. Cuando acepté su propuesta y trató de empezar a asociar sin un plan preestablecido, no logró

78

hablar. Esta fue una experiencia extremadamente mortificante para él. Que volvió a repetirse a pesar de numerosas tentativas de ayudarlo. Cualquier palabra que pronunciaba espontáneamente, cualquier sentimiento que quería mostrar, quedaban bloqueados por una ansia paralizante o por un sentimiento de vergüenza que lo aniquilaba. En aquella época trabajaba como residente en una compleja división médica, enérgicamente y sin lamentarse; pasaba por ser un colega quizá un poco frío, pero pero amistoso, informal y seguro de sí. La identificación con el papel social atribuido había sido adquirida progresivamente y había sustituido funciones del Yo deficitarias. Ciertas vez no había logrado identificarse con el papel social de médico, al tratar de ocupar una plaza en el extranjero, donde las expectativas de rol eran completamente distintas de su comportamiento médico. Entró inmediatamente en confusión y pensó en matarse, y volvió a su casa justo a tiempo para encontrarse otra plaza.

En la teoría y en la práctica psicoanalítica se trata de explicar estos fenómenos sin recurrir al concepto de identificación con el rol social. Yo mismo he procedido así, y el análisis tuvo finalmente éxito. Con todo, pienso que mis interpretaciones e incluso mi comprensión del paciente quedaron incompletas. Durante el análisis le van a ser atribuidas al análisis o proyectadas sobre él expectativas de rol distintas de las ya conocidas (Sandler, 1974) inherentes a los roles transferenciales (por ejemplo el papel de una madre educadora durante la fase anal). La identificación con el rol origina el hecho de que el partner es identificado, en sentido aloplástico, con el papel correspondiente y es tratado en consecuencia.

Una joven doctora tenía en análisis a un joven proveniente de una familia pudiente. La alianza de trabajo era buena, la transferencia tenía una tonalidad moderadamente erotizada, fraterna en sentido positivo. En las últimas sesiones el paciente había intentado aclarar los complejos y las implicaciones que le atormentaban respecto a la propia familia de origen. Dado que no lo lograba la analista trató de resumir lo que había dicho sobre su propia familia, para ayudarle a esclarecer el problema. Ante esto, el paciente se enfadó y dijo con rudeza a la analista que no tenía nada que decir sobre estas cosas, y que no sabía que es lo que había que buscar aún en el análisis. La analista asoció en primer lugar: “Es muy rico”, y después: “Me trata como a una sirvienta”. Una intervención en consonancia con estas asociaciones volvió al paciente consciente de lo que había sentido: “Mientras hablo a mi doctora tengo plena confianza en su competencia, y me entiende como una hermana. Pero cuando habla de mi familia, en la que soy “hijo de una familia de gran clase” (es decir, estoy identificado con este papel), resulta ser una mujer del servicio, que ha sido aceptada pero que no por ello tiene derecho a meter las narices en la vida de la familia”. Después de esta intervención se restableció una buena atmósfera de trabajo.

El desarrollo de la identificación con el rol.

Probablemente los momentos genéticos que forman la identificación con el rol convergen con el desarrollo del Yo infantil, que no se efectúa nunca en un ambiente inmutable. El mismo crecimiento lleva al niño, con relación a sus

propios roles, a confrontarse con situaciones sociales cambiantes y a las que deben adaptarse. Las sucesivas identificaciones con el rol recalcarán las atribuidas o impuestas en la familia y en la escuela, serán inscritas, por así decir, en los mismos contornos del Yo.

Más tarde, merced a las “necesidades y constricciones” sociales, se llega a la identificación con un rol social. La diferencia entre necesidad y constricción no es grande. Ambas significan que es más ventajoso asumir el rol que rechazarlo. Si el rol no es asumido, se perfilan peligros, aparece el miedo a frustraciones y a castigos reales; todo esto ocurre en el Yo. Esto no excluye que al mismo tiempo se libere de las angustias neuróticas. Si una mujer se casa para encontrar el rol como ama de casa y madre, puede tener miedo de las desventajas y discriminación que afecta a una mujer soltera en nuestra sociedad. Ello no excluye que su elección este incluso condicionada por un miedo neurótico a estar sola. Y tales miedos, que están ligados a amenazas reales, o que provienen de conflictos pulsionales, pueden ser conscientes o inconscientes.

Dinámica y función: Por la identificación con el rol social no se entiende la pura y simple ejecución de los comportamientos atribuidos, sino una modalidad o articular del Yo en el tratamiento de los roles atribuidos. Cuando se estudia el mecanismo se suele caer en la cuenta del hecho de que el ansia ciertamente actúa en líneas generales como un regulador; con todo, si se siguen las señales de ansia en el Yo no se llega a poder decir acerca de los procesos de Yo mucho más que tales procesos conducen a asumir un rol, o incluso que la inseguridad y las amenazas externas sugieren al Yo una adaptación de cualquier tipo⁸ De la observación de familias y

⁸ Otros puntos de vista se oponen al nuestro acerca de la identificación con el rol. Tienen en común la descripción del mecanismo como mecanismo de defensa, en el sentido de defensa contra la angustia. Este punto de vista es sostenido con la máxima claridad por la llamada escuela inglesa, orientada según el pensamiento de Melanie Klein. Isabel Menzies estudia el “funcionamiento de los sistemas sociales como defensa contra la angustia” (The Functioning of Social Systems as a Defence against Anxiety), en particular la distribución de los roles en el interior de una institución, un centro de formación para enfermeras en un gran hospital de Londres. La asunción del rol asignado sirve en todo caso, como despliegue, como defensa contra la angustia. Por ello la realidad (la institución) funciona como un símbolo que moviliza la angustia ligada a fantasías inconscientes. Cuando el símbolo (el aspecto simbólico de la realidad) se iguala a las fantasías inconscientes se desarrolla una angustia aguda e incontrolable. Pero si los acontecimientos reales representan únicamente el contenido de las fantasías inconscientes, la angustia puede ser controlada. Si se parte del concepto de que la realidad (por ejemplo el trabajo en tales instituciones) desencadena en todas las ocasiones angustia, se puede llegar a describir teóricamente la identificación con los roles como defensa de la angustia. En la práctica se considera el hecho de que el abandono de un rol social genera angustia para demostrar que el rol tiene la función de defender de la angustia misma.

En este ámbito no podemos naturalmente hacer una valoración o una crítica suficiente a la teoría de Melanie Klein. En cuanto a nuestro tema, sin embargo, podemos mostrar claramente la diversidad entre nuestra interpretación y la de la escuela inglesa. Esta última tiene la ventaja de ofrecer un modelo más simple. Allí donde nosotros proponemos la hipótesis de una organización de las defensas unida a los mecanismos de adaptación, dicha escuela solo propone el

80

de grupos se podría deducir que es al miedo al aislamiento, a la exclusión o a la pérdida del amor el que determina en primer lugar o exclusivamente la identificación con el rol (Richter 1976). De todos modos, no siempre es posible documentar miedos conocidos en la asunción de muchos nuevos roles en las instituciones macrosociales, e incluso la identificación con roles que aislan al sujeto y lo separan de la familia y del grupo confiere a menudo al Yo una particular estabilidad, de tal manera que resulta improbable pensar en el efecto de angustia de separación de inconscientes. Las premisas psicológicas más importantes para llegar a la identificación son la existencia de procesos activos de adaptación a los roles sociales que asumir y experiencias agresivas y libidinales individuales que se resolverán mediante las asignaciones y expectativas de rol del ambiente. La sociedad ofrece efectivamente a cada individuo seducciones y frustraciones específicas para su ubicación social, que presionan para la adaptación unilateral del aparato psíquico. Es posible la hipótesis de que las posiciones profesionales de clase y poder del individuo se articulan continuamente en los investimentos del Sí mismo, y determina la relación recíproca entre las estructuras psíquicas. Las identificaciones con los roles sociales, en la medida en que puedan ser contradictorias o frustrantes, sirven también para la adaptación social. Sin tales identificaciones las relaciones con el ambiente serían mucho más difíciles. Los mismos roles se derivan y son definidos por las instituciones sociales. Muchas de estas instituciones están estructuradas de modo que funcionan para los individuos como un mecanismo de defensa desplazado al exterior.

Freud (1912-1913) descubrió esto principalmente en el derecho penal: “Si una persona ha logrado satisfacer el deseo prohibido, este mismo deseo surgirá necesariamente en todos los miembros de la comunidad. Para frenar esta tentación, el que en realidad es envidiado deberá ser privado del fruto de

concepto de defensa. El hecho de que la angustia se desarrolle cuando una situación cambia no permite concluir simplemente que la situación servía para defender de la angustia. El hecho de que un niño muestre angustia en cuanto la madre se aleja no es suficiente para concluir que la presencia de la madre revestía la función de defensa de la angustia. Más allá de la opinabilidad de estos fundamentos teóricos el modelo rol-defensa de la angustia es un modelo cerrado. La psique individual necesita de instituciones como defensa; la institución se organiza de modo correspondiente a las necesidades subjetivas (neuróticas). De este modo se explica el carácter conservador de las instituciones y su tendencia a permanecer iguales a sí mismas, en contra de leyes más razonables. Aquellas sólo podrán cambiar mediante el “insigth”.

Nuestro modelo no necesita determinar cuáles sean los factores que confieren estabilidad a las instituciones y a los roles fijados en su interior: situaciones sociales, intereses o presiones de orden económico o de otro tipo. El “insigth” en su funcionamiento psicológico, por sí solo, logra ciertamente cambiar la vivencia objetiva de los roles, pero no ofrece ningún instrumento para cambiar las instituciones con sus roles fijos, que dependen de otras fuerzas.

su temeridad y así el castigo ofrecerá a los ejecutores la posibilidad de cometer por su parte, con la justificación de la expiación la misma cosa. Este es un fundamento del derecho penal y tiene como premisa la existencia de los mismos impulsos prohibidos tanto en el criminal como en la sociedad que se venga de él”.

No hemos avanzado aún la suficiente como para comprender plenamente el efecto psicosocial de las instituciones, ni siquiera de las más importantes. El intento de esclarecerlo psicoanalítica-

81

mente, emprendido de continuo por Freud, se detenía sobre todo porque los analistas eran identificados con las mismas normas y sistemas de valores que legitimaban los comportamientos institucionales dominantes, y no tenían la libertad para ponerlos en discusión. Los “sistemas defensivos socialmente constituídos” (Culturally constituted defensive systems) como los llama Pollok, son construcciones sociales dirigidas a apartar al individuo de las pulsiones sociales indeseables y del trabajo de defensa o de renuncia. La civilización basada en parte en la represión de las pulsiones, asume con las propias instituciones una parte del trabajo. Al Yo que se adapta se le ahorra el trabajo de defensa, hasta lograr la correcta adaptación de la persona a los roles institucionales atribuidos. El hecho de que el Yo no necesite ninguna energía para identificarse con el rol, y que en este proceso su sistema sea aligerado no debe sorprender. En todo caso, la ganancia económica es compensada por una limitación estructural.

Las identificaciones conseguidas con el rol aligeran al Yo. A veces ayudan a superar conflictos intraestructurales en el Yo, por ejemplo entre posiciones activas y pasivas, como en el caso del rol de un subordinado intermedio que requiere pasividad con respecto a los superiores y actividad en las competencias del trabajo y de los propios subordinados. La necesaria inserción en el mundo externo puede transitoriamente hacer callar efectos desagradables. Incluso los impulsos del Ello pueden apagarse, con lo que no es siempre fácil la distinción con respecto a un mecanismo de defensa complejo, como la limitación del Yo, estriba en el hecho de que la identificación con el rol viene seguida frecuentemente de la satisfacción pulsional. Por ello el mecanismo puede ser parangonado con el de la formación de un síntoma. Con todo, un síntoma neurótico no induce normalmente ninguna satisfacción narcisista, con la elevación correspondiente del sentimiento de sí, mientras que

la identificación con el rol coincide regularmente con una satisfacción narcisista, aunque a menudo sea transitoria.

Para ambos tipos de satisfacción, la vinculada al objeto y la narcisista, hay que tener en cuenta el hecho de que la identificación con el rol requiere a menudo la renuncia a una satisfacción, algo parecido al “quien conduce no debe beber”. Pero únicamente unos pocos roles sociales no proporcionan a quien los asume al menos una cierta satisfacción por parte de los objetos que le atribuyen el rol. La satisfacción narcisista que surge de la identificación con el rol es evidente, sobre todo cuando la asunción del rol produce notables frustraciones de otro tipo. Reclutas que habían sufrido, durante el periodo de instrucción, por la privación de sus derechos y el trato vejatorio, recordaban en el análisis como la identificación con el rol los había inmediatamente tranquilizado. Una parte del Superyó individual puede ser delegada en los mandos y de inmediato es posible la aparición de satisfacciones pasivas, masoquistas homosexuales o de otro tipo, incluso regresivas. Aquí, sobre todo en las asunciones de rol más cómodas, existía la ventaja narcisista de ser un recluta, o un médico o un padre, etc.; si se trata de una identificación de algún modo estable, se refuerza el sentimiento de la propia identidad, incluso si esta proviene de una adaptación inevitable o completamente impuesta.

82

Las identificaciones con el papel social se manifiestan entonces de la manera transitoria, como mecanismos de emergencia. Un hombre por lo demás bondadoso castiga a sus hijos “en cuanto padre”, un comerciante honesto en dificultades engaña “como hombre de negocios” al propio amigo y socio. El modelo de rol con que se identifica contiene la afirmación de que en la vida comercial se debe perseguir sobre todo el propio interés y que la amistad se acaba donde empiezan los negocios. Así las identificaciones de rol funcionan en ciertas circunstancias como un mecanismo maníaco, puesto que el Yo se sustrae a demandas de otra manera más válidas del superyó. La relación de identidad entre Yo (Erickson) e identificación con el rol es compleja. Para delimitar ambos conceptos sería precisa una discusión lo más profunda posible en este ámbito. Suelen considerarse dos afirmaciones aparentemente contradictorias, que se desprenden de la observación psicología analítica. Por una parte de la identidad del Yo se construyen en parte por las identificaciones con el rol, y por otra el establecimiento de una identidad del Yo más estable debilita la tendencia a identificarse con los roles sociales.

En las “crisis epigenéticas”, en las que se establece la identidad de una persona (las más relevantes han sido descritas por Erickson) ocurre entre otras cosas que los modelos de rol que se interiorizan mediante la identificación se unen, más o menos modificados, con otras identificaciones, que habían sido interiorizadas anteriormente en otras circunstancias. Si la identidad del Yo adquirida es suficiente fuerte e integrada en las estructuras psíquicas funciona, entonces como organizador y estabilizador del Yo. Este estará, por tanto, menos dispuesto a identificarse con los roles que le propone la vida social. Desde el punto de vista clínico resulta difícil establecer la diferencia muchas veces entre identificaciones estables con el rol y la identidad (Erickson). En todo caso se debería hablar de identidad únicamente si se trata de la suma de representaciones del Sí mismo. Una pérdida de la identidad se une siempre con un estado de crisis y requiere una reestructuración psíquica mientras que las identificaciones con el rol, incluso muy antiguas, sustituidas por otras, en el momento que ya no ofrecen ventajas.

Muchísimas personas no logran identificarse con sus roles propuestos. Su Yo ha sufrido lesiones durante su desarrollo, o incluso son aún presa tales conflictos que la persona no puede seguir los modelos de rol que le son propuestos y / o no pueden identificarse con el propio rol. El Yo de estas personas tendría en realidad necesidad urgente de identificaciones con el rol para alcanzar una estabilidad suficiente, pero nada puede hacer con los roles propuestos. Todo psiquiatra conoce un efecto inquietante de la hospitalización la oferta de roles cada vez más limitantes, con los que incluso un Yo en regresión o mal funcionamiento puede identificarse, conduce a una estabilización en el sentido indicado de la mediación institucional de los roles. El resultado al que conduce una adaptación automática en tales circunstancias se llama institucionalización (Hospitalismo).

Sin duda hay personas que no se identifican con ninguno de los modelos del rol que le les ofrecen. Con certeza están plenamente en disposición de asumir éste o aquel rol. Pero cuando el

ambiente demanda un comportamiento de rol automático por completo que únicamente puede efectuarse mediante la identificación con todo el modelo ellos prefieren cambiar o abandonar la propia situación social antes de rechazar o evitar la identificación propuesta. En los grupos sociales muy cerrados o estrictamente institucionalizados estos individuos se convierten en oponentes como

mínimo, en extraños a la sociedad. Pero aún cuando la situación social no imponga desventajas tan evidentes, el rechazo de cualquier identificación con el rol requiere un notable dispendio de energías psíquicas. Estas personas no tienen una vida fácil. Su Yo renuncia a un factor estabilizador que -al menos en nuestra sociedad- es más fácil estructurar que rehuirlo. Aquellos renuncian incluso a las satisfacciones narcisistas que obtendrían automáticamente con la identificación. Su Yo debe, por ello, elaborar continuamente conflictos con instancias internas y externas, sin garantía alguna de éxito de los mismos conflictos, sin la protección descritas contra las amenazas al propio equilibrio y con el riesgo de deber renunciar a satisfacciones sin compensación alguna.

No está claro cuáles son los estadios del desarrollo infantil que promueven esta formación de carácter, probablemente constelaciones muy distintas pueden lograr lo mismo. Ciertamente todas estas personas tienen una fuerte identidad del Yo y no se adaptan bien a los modelos del rol más tardíos y no se integran para nada con lo que no concuerdan con ellos. Incluso se tiene la impresión de que el Yo de estas personas haya decidido seguir un ideal del Yo internalizado antes que los requerimientos del mundo externo. Una autonomía semejante interna e independencia del exterior que no está exenta de peligros, pero que está abierta a todos los conflictos corresponde a la meta emancipatoria del psicoanálisis.

Con todo se ve frecuentemente que el alcanzar una autonomía del Yo

Suficiente incluso para no aceptar de manera completamente inconsciente las futuras identificaciones con el rol no es por sí sola una premisa suficiente para rechazar las identificaciones con el rol.

Efectos particulares: En la edad adulta se manifiestan profundos cambios psicológicos, desencadenados por influencias del ambiente, a los que el psicoanálisis ha dedicado hasta ahora escasa atención. A menudo no tiene un proceso tan dramático y decisivo en el plano vital como la adquisición de la identidad descrita por Erikson como último paso del desarrollo, al final de la adolescencia, hacia la adaptación a nuevas tareas y la reestructuración interior. De todos modos, parece que las sucesivas reestructuraciones que conllevan grandes conflictos internos y a una "reedición" de los conflictos infantiles son provocados por las mutaciones de la identificación con el rol. Un rol debe ser abandonado por motivos externos. El Yo pierde la propia estabilidad, y las satisfacciones narcisistas primeras ofrecidas por el rol se pierden. O bien se encuentran nuevas identificaciones o el Yo debe afrontar los conflictos emergentes sin este apoyo; esto a menudo puede lograrse únicamente al precio de la formación de síntomas neuróticos. A la recíproca, parece que un

empobrecimiento del investimento narcisista del Si mismo puede constreñir al Yo a abandonar un rol que requiere un fuerte sentimiento de sí, una exhibición fálica o cosas semejantes.

84

A continuación ocurre el mismo proceso.

El hecho de poder transformar a las personas es un viejo problema psicológico que una observación más precisa de la identificación con los roles pueden esclerecer ulteriormente. Pese a ser pocos los analizados con elevadas posiciones de poder en el campo político o incluso económico se puede individualizar y hacer consciente la posición de poder como atribución de rol, con un conocimiento suficiente de las relaciones sociales, incluso en personas con menor poder. Es sorprendente la escasez de satisfacciones objetuales conexas con estos roles incluso la realización y el gusto de la agresión aparecen sólo como una ventaja añadida.

La ganancia narcisista en el investimento del Sí mismo ya provenga de la admiración real o presunta de aquellos que no tienen el poder, o incluso de la identificación con personas más poderosas como posición social, otorga la base necesaria para la lucha por el poder y para conservarlo. Algunos roles sociales confieren poder, pero ninguna ventaja material visible. Tales roles serán pues conservados con fuerte dispendio de energía, porque la ganancia narcisista proviene del poder. En algunos analizados se podía observar que la ganancia narcisista proveniente de la identificación con un rol de poder había sustituido gradualmente los vínculos objetuales. En este sentido, el analizado ofrecía de hecho el cuadro de un dicho banal: “el poder engendra ansias de mayor poder”.

En el análisis terapéutico

Durante el análisis tratamos de captar qué roles le son atribuidos al analizando y hasta qué punto se identifica con ellos. Hay veces en que la identificación con los roles se percibe fácilmente como en el caso citado del joven que en tanto que perteneciente a una familia importante, trataba a la analista como una camarera. Puede pasarse por alto fácilmente la satisfacción narcisista proveniente de vicencias agresivas o masoquistas ligadas a intereses de clase o estrato social, cuando el analista y el analizado pertenecen al mismo estrato social o el terapeuta no posee una capacidad peculiar para ver las fuerzas sociales. En cuanto al analizado se identifica totalmente con el propio rol de clase, la

mirada del analista que se centra en la realidad psíquica del propio paciente, llega únicamente al límite trazado por el examen de realidad de este último. Para acompañar el proceso analítico el analista debería estar atento a dos fronteras, la que hay entre conocimiento y percepción errada de la realidad social del analizado.

En la interpretación de la identificación con un rol lo mejor es recordar la vieja regla técnica que sugiere interpretar primero los mecanismos de defensa regresivos, que dan al Yo una cierta fuerza.

Análogamente las identificaciones con el rol que dejan más amplio espacio para el funcionamiento del Yo y que se acompañan de satisfacciones instituales deberían ser interpretadas sólo cuando la disponibilidad a la regresión ha disminuido y ya no existe la amenaza de una angustia incontrolable. En ese momento, pues, resulta indispensable interpretar la identificación con el rol, si se quieren hacer accesibles a la elaboración consciente los conflictos inconscientes

85

cientos que determinan en una buena parte el comportamiento social.

La identificación inconsciente con el rol asume un significado particular al comienzo y al final del análisis. El papel de paciente puede ser concebido en el sentido de que el paciente tiene que tener problemas físicos, los únicos que pueden ser comunicados al médico que los ha de curar. Si en el análisis esto debería ser interpretado como una resistencia, al mismo tiempo podría encontrarse que es lo que está defendido mediante las quejas sobre los síntomas somáticos. A menudo se ve que no se defiende nada, y que la identificación transitoria con el rol debe servir únicamente para dar fuerza y estabilidad al Yo, enfrentado entonces a temores y a otras dificultades.

Un estudiante de arquitectura, con quien había comenzado con una psicoterapia orientada analíticamente, estaba sentado frente a mí y se quejaba únicamente de una cefalea. Cuando le hice observar su identificación con un rol usual de paciente, respondió “también usted lleva una camisa blanca”. Era un día caluroso de verano, y yo llevaba unos vaqueros y una camisa con el cuello abierto. A lo largo de la psicoterapia que duró, con interrupciones, dos años no se volvió a hablar de dolor de cabeza. En este ejemplo se ve lo frecuente de que la identificación haga entrar en escena una segunda persona, aquella que atribuye un rol.

Al final de un análisis la identificación con un rol social adquirido recientemente puede crear la ilusión de una curación, o al menos de una buena reparación narcisista, cosa que Ferenczi y más tarde Grunberger han descrito como características de una solución de los conflictos infantiles y de un final “natural” del análisis. Si el analista observa este estado de cosas, puede fácilmente hacer consciente la identificación con el rol, sin poner en peligro la posición social que se ha adquirido. Se pueden analizar así los impulsos que el Yo, reforzado con la identificación con el rol, había definitivamente alejado de la consciencia.

Los mecanismos de adaptación y los trastornos “narcisistas”

Los mecanismos de adaptación descritos pueden ser muy útiles al Yo, cuando éste ha de funcionar en condiciones determinadas por el ambiente externo y en sus variaciones. Estos sirven para la autonomía del Yo (Rapaport) incluso aunque tiendan a dificultar la independencia del ambiente. Cuando entran en funcionamiento el Yo queda exento de conflictos pulsionales, la angustia disminuye y el yo, en su conjunto, se estabiliza. Con todo, el ambiente externo interviene en la estructura del Yo no influenciable y determina importantes funciones egoícas. Cuando el desarrollo psíquico, la socialización entera, ha producido un resultado que no corresponde psicológicamente al ambiente social en que se encuentra el adulto, los mecanismos de defensa pueden no ser suficientes. Y esto no sucede únicamente en el transplante de otro ámbito cultural (emigración).

El mismo efecto tienen los cambios en la situación social (pobreza, proletarización, ascenso social). Innumerables personas se ven implicadas en ellos cuando la macrosociedad se transforma rápidamente (involuciones políticas, cri-

86

sis económicas, urbanización, reorganización tecnológica, o política y burocrática de la sociedad). Desde el momento en que los mecanismos no aligeran ya más al Yo se llega a profundas reestructuraciones de la persona. En otra parte (Parin, 1976) hemos formulado la hipótesis de que situaciones sociales “alienadas” ponen al descubierto a menudo fijaciones neuróticas que en otras circunstancias hubieran permanecido latentes.

En los últimos años se ha admitido por parte de muchos que los disturbios “narcisistas” (Kohut) de la personalidad están aumentando en las naciones industrializadas occidentales. Nosotros mantenemos que esto no debe ser achacado tanto a cambios de la estructura familiar y de la educación en la primera infancia cuanto a una adaptación fallida a una adaptación social alienada. Queremos significar que el Yo ha construido realmente mecanismos de adaptación que en otras circunstancias de vida le asegurarían un espacio funcional suficiente, pero que un empobrecimiento de las satisfacciones lo constrañe a la regresión o a volver a modalidades de experiencia narcisistas. Rapaport ha mostrado de manera convincente que el Yo, para mantener una relativa autonomía, que puede conllevar una organización defensiva neuróticamente rígida, o reducida, no depende únicamente de una aportación suficiente de energía pulsional por parte de Ello. El Yo tiene también necesidad de un ambiente social adecuado en el que pueda funcionar, que lo acepte, que le ofrezca “alimento”. En algunos análisis hemos observado que el ambiente era demasiado frustrante en relación con el resultado del desarrollo psíquico y de la socialización, y que ello conducía a aparentes trastornos narcisistas de la personalidad. La adaptación social no se lograba. Se producía un retorno al narcisismo. A decir verdad ello correspondía a una regresión a modalidades de experiencia infantiles–narcisistas, pero era relativamente fácil removerlo en cuanto resultaba posible un cambio activo de la situación social o incluso un enfrentamiento consciente con ella⁹.

En la moderna sociedad industrial la socialización humana alcanza un nivel “más alto” en el sentido en que el número de roles asumibles y su inebilidad aumenta. Desarrollos y crisis económicas producen frecuentemente y casi imprevisiblemente cambios en la oferta de roles. Esta situación parece conducir al Yo a tener que identificarse con roles cada vez más numerosos, contradictorios en parte. Por esto, satisfacciones y conflictos en relación con los objetos y el Yo identificado con el rol lo sustituye de forma compensatoria con satisfacciones y conflictos narcisistas. En otros términos el equilibrio entre necesidades (agresivas y libidinales) narcisistas y objetuales queda perturbado; se desplaza con ventaja para las necesidades narcisistas. La progresiva transformación en mercancía del individuo constrañe al Yo a sustituir el placer que nace la satisfacción de los deseos objetuales con premios narcisistas más compatibles con las identificaciones de rol ofrecidas. En el orden de los principios se trata de procesos reversibles. En el análisis se puede siem-

⁹ Hablamos de “verdaderas” neurosis narcisistas sólo cuando la perturbación del desarrollo infantil es preponderante, y el peso de las situaciones externas de vida como factores de la “elección de la neurosis” es relativamente desatendible.

87

pre confirmar que la “cicatrización de las heridas narcisistas, la mejora del sentimiento de Sí que se sigue de un investimento menos conflictivo del Sí mismo, elimina la necesidad de identificaciones automáticas con el rol. Los investimentos objetuales que parecen perdidos pueden reaparecer.

Pero un desarrollo de este tipo es contradictorio respecto a la situación social. La propaganda y la publicidad, merced a los mass-media y el consenso público condicionado por el mercado (a través de la moral de los llamados hechos) imponen la meta de modernizar necesidades narcisistas y de ofrecer instrumentos para la satisfacción narcisista (por ejemplo, un nuevo automóvil con respecto a un vacío narcisista).¹⁰ Frente a una propaganda y ofertas de este género el Yo está relativamente indefenso. Puesto que no existe ningún enemigo visible, el Yo no puede movilizar agresividad (al servicio del Yo) ni abandonar sin contrapartida la propia formación adaptativa; si se hiciese esto entraría inmediatamente en crisis y se encontraría frente a conflictos internos y la frustración de los propios deseos objetuales. A menudo se buscan satisfacciones narcisistas ulteriores, para compensar el déficit. Esto puede ser hecho con nuevas o más intensas identificaciones con el rol, que ya no pueden ser abandonadas.

Si se continúan estas reflexiones se concluye que los trastornos de la personalidad del tipo narcisistas en aumento están estructurados como las perversiones (Morgenthaler). Los defectos en el investimento del Sí mismo y de los objetos son compensados con el super-investimento de las necesidades narcisistas. Estas son necesarias para el mantenimiento de una cierta funcionalidad; sin ellas el Yo perdería su propia estabilidad. Dado que la situación social favorece una compensación narcisista a la frustración del Yo y al defecto del Sí mismo, resulta dudoso que las perturbaciones narcisistas de la personalidad puedan ser consideradas patológicas. Si se las considera con respecto a una mayor flexibilidad y tolerancia del Yo para con las necesidades pulsionales y referidas con la presunta armonía entre necesidades objetuales y narcisistas se trata de perturbaciones graves. Si se les juzga con relación al orden impuesto en el mundo de la técnica, de la producción y del capital, los desarrollos “narcisistas” representan soluciones conseguidas que el Yo, convertido en idéntico a sus propios roles a podido encontrar.

¹⁰ Aquí sigo una sugerencia de Pier Francisco Galli, Bolonia.

Numerosos poetas contemporáneos han descrito de forma vivida estas situaciones. Bertold Brecht, en “Dickicht der Städte” presenta un hombre que no logra ya encontrar ni siquiera un enemigo con quién poder sentir algo luchando a la vista de que no puede tener relaciones más felices, y se desespera por ello. El Godot de Beckett esperado no llega y la espera se carga de manifestaciones de violencia narcisista. En los “Bâtisseurs d’ Empire”, de Boris Vian, ya no se espera a nadie. El espacio vital representado como el pobre alojamiento del protagonista es estrecho e inhabitable. Al final de cada acto el protagonista amenazado de este modo da un golpe tremendo a Schmurtz, un fantoche que está en un rincón: luego se retira por una escalera de caracol, cada vez más estrecha, a un apartamento al precedente con un Schmurtz en el rin-

88

cón. Esto ocurre tres veces en tres actos. Al final del drama no se sabe si esta progresiva fuga hacia arriba puede continuar todavía. Tal vez no hay ya ninguna salvación.

[En una situación social extremadamente alienada las posibilidades de adaptación se extinguen. Se llega al derrumbamiento psicológico. Las téticas visiones de estos poetas representan de manera realista el efecto que sobre la psique tiene estas situaciones de vida insostenibles. En el análisis intentamos poner al Yo en situación de renuncia a los propios mecanismos de adaptación inconscientes, para que llegue a ser capaz de cambiar activamente su propia situación social.

La lucha activa para cambiar situaciones sociales intolerables no es únicamente un requerimiento ético o el resultado de una decisión política. Esta lucha por una vida mejor es también una insustituible función del Yo.

Al comienzo de su investigación psicoanalítica, Sigmund Freud partía de la idea de que son las situaciones de vida las que provocan la neurosis, y pensaba que el terapeuta tenía la obligación de volver al paciente capaz de enfrentarse activamente con su propio ambiente. En 1895 escribía en los “Estudios sobre la Histeria”: “No me cabe la menor duda de que debería ser más fácil para el destino que para mí eliminar Su sufrimiento; pero usted se convencerá de que habremos ganado mucho si logramos transformar Su miseria histérica en una infelicidad común. Contra esta última usted podrá defenderse mejor con una vida psíquica de nuevo sana”.